

Puntas de Crecimiento

(Tomado de la Revista *Diners*)

LETICIA

No son ni dos ni tres sino muchas Colombias. El país geográfico y el país social y su destrozada identidad, llegan a sitios tan distantes como Leticia, el Cabo Manglares, Punta Gallinas, el Cabo Tiburón y la Piedra del Cocuy. En ellos luchan fieramente hombres por su dignidad humana y para que les creamos que también son colombianos.

Entre la selva y a orillas del Amazonas, solo el himno y la bandera le recuerdan todos los días que es colombiano.

Aun con la corriente a favor, las fuerzas de un niño cesan después de 72 horas remando. Sobre las sosegadas aguas se deslizaba una canoa con un pequeño indígena de siete años y su abuela agonizante. Buscaban un médico corriente abajo, porque corriente arriba nadie desafía, si no es lancha a motor, la solidez de las turbias aguas del Amazonas. Río abajo, rumbo al mar, en los derruidos y lacustres caseríos, apuntan rezagos o avanzadas de la presencia humana. Pero para recorrer solo unos cuantos de los 6.665 kilómetros que conforman este "océano de aguas dulces, cortado y dividido por la selva", no necesita el sol de tres días y la luna de tres noches. Y sin un final en el camino de agua, puede morir quien busque en el desamparo de su indigencia, alguien que represe la vejez o que asesine sus males.

Esta formidable fuerza fluvial que se desplaza a 3 kilómetros por hora en verano y al doble en invierno, enjuaga la miseria marginal de tres naciones, roza a Leticia, la ciudad que remonta la bota italiana de la geografía nacional y diseña el perfil de los 10 mil kilómetros que conforman el trapecio amazónico colombiano.

COLOMBIANOS DE MILAGRO

En Leticia lo excepcional es ser colombiano. Cuando la regla indica que en todas las fronteras del país los colombianos emigran en busca de mejores salarios, en Leticia se presenta el fenómeno exactamente contrario. De los 10 mil habitantes que tiene en la actualidad el puerto, se calcula que el 60 por ciento son brasileños y el 20 por ciento peruanos.

El 20 por ciento restante que corresponde a los colombianos, exacerba en ellos un orgullo nacionalista que se cristaliza en hechos como la efusividad con que reciben a los turistas del interior o el haber exigido que el 20 de julio no desfilarán por las calles el ejército brasileño sino el colombiano. Pero Leticia no representa una economía dura asediada por la devaluación monetaria. Mientras que el promedio de los jornales en la zona fronteriza del Brasil es de 35 pesos, en Leticia fluctúa entre 40 y 50 pesos. De esta manera los brasileños y peruanos optan por la menor pobreza, aún en un pueblo donde según afirman sus propios habitantes "aquí no hay nada, no hay ninguna fábrica. Leticia es pobre, todo lo traen del interior". Suelos ácidos y pobres, propensos a la erosión y a la petrificación, consuman la paradoja de una tierra que a primera vista simula deslumbrante feracidad: solo produce durante dos o tres cosechas, ya se siembre arroz, caña de azúcar, plátano o yuca. La oscuridad económica que se cierne sobre el fulgurante verdor de la selva, ya hace mucho tiempo que se definió, cuando invenciones sintéticas, situaciones de guerra o mejores perspectivas en otras áreas del planeta, borraron casi por completo la explotación del caucho o "siringa" a lo largo y ancho de la selva amazónica.

LA BELLEZA VIOLADA

Leticia, en pleno corazón del pulmón amazónico, no es como la pintan las tarjetas postales. Es una realidad diferente pero aún más hermosa.

Para quienes recorren miles de kilómetros en busca de un souvenir como una foto con un "indio salvaje", se ha montado un excelente espectáculo. Hace aproximadamente 8 años se importaron del Perú los indios Yaguas que han logrado sobrevivir con una comunidad actual integrada por 45 personas. Las mujeres con los desvencijados senos descubiertos, los niños gritan-

do a los turistas colombianos "regálame un peso" y a los de rubios cabellos y ojos azules "give me one dollar", y el cacique ornado con un exótico plumaje, todos mirando con soledad y tristeza de muertos la curiosidad fisgona de los visitantes, estos indígenas, subvencionados como elementos turísticos y trasladados periódicamente a Leticia para actuaciones especiales, son tan indiferentes a la selva y al mundo como el mismo momentáneo remordimiento de conciencia de ciertos turistas. No lejos de allí, los Ticunas, con 300 nativos en la comunidad de Arara, también centro de peregrinación turística, se empeinan en arrancar yuca a la tierra o gambitanas y Pirarucús al río. Pero ambos, desarraigados del pasado y sin el sentido en futuras posibilidades, truecan flechas y pinturas en corteza vegetal por alcohol que incendia sus entrañas con el calor animal que dejó, su ya casi perdida condición humana.

La emoción de la selva tampoco está en las serpientes que solo se encuentran en el zoológico particular de Leticia, o en los caimanes que por 300 pesos se pueden cazar sin llegar a "matarlos". Al margen de una fauna solo real en los textos de zología y en los más inaccesibles rincones de la manigua, Leticia es tan hermosa en la selva como para haber iluminado los ojos de los españoles que llegaron por primera vez al territorio que la circunda. La formidable imponentia del río Amazonas, con una anchura que va de 3 a 90 kilómetros, que debe su nombre a la creencia que dentro del follaje que lo rodea acechaban las temidas guerreras griegas que se cercenaban el seno derecho, es de tan descomunal magnitud que alcanza una dimensión perturbadora. El rumor silencioso de la selva con su tuméfacta maraña que asesina, cualquier horizonte, y aun la misma misteriosa fuerza telúrica que exhala un territorio que parece no haber sido creado para morada del hombre, crea en Leticia la exacta sensación de no sentirse uno con los pies sobre la superficie y dimensiones lógicas de la tierra.

EL CAUCHO DE ORO

Leticia exhibe esa rigurosa pulcritud de las muchachas pobres con decencia de buena familia.

A orillas de un río que arrastra incesantemente la intolerancia de la naturaleza y bordeada por una selva que entraña la sombría fealdad de una milenaria vegetación en permanente

mutación, Leticia, con sus calles pavimentadas, con la minuciosa geometría de sus limpias casas de madera alambrada, y con los modernos edificios de hoteles, bancos y servicios públicos, soporta con estoica dignidad sus religiosas privaciones.

Y los leticianos insinúan con discreción su indigencia. Samuel Parra, veterano guía y leticiano desde cuando hace 33 años fue arrancado del Huila por los azares de la violencia, alcanzó a gozar o a oír de los tiempos de bonanza en el puerto. De la primera época, cuando la Amazonia se convirtió en el almacén mundial del caucho, cuando de Iquitos a Manaus floreció una de las más prósperas economías cimentada en atrocidades humanas que nutrieron de tiranos a las más crudas novelas, ya nadie se acuerda en Leticia.

Pero si de años más tarde, a la altura de los años veinte, bajo los últimos esplendores de la goma, cuando el Amazonas se vio transitado por fastuosas embarcaciones de lujo o por gigantescos buques de carga. Fue cuando llegaron a Leticia mercancías de remotas regiones del mundo y cuando la llama del dinero avivó la sordidez de la codicia, la sangre y la carne de los hombres. De esta época solo queda el barco Nariño. Pero ya no navega en el Amazonas sino que convertido en un esqueleto de acero reposa en el centro de un maizal, a quinientos metros del río. Este portentoso buque, la nave colombiana más lujosa que navegó en el Amazonas, con camarotes recamados en bronce y cobre y en cuyo salón principal se firmó la paz que finalizó el conflicto colombo-peruano, fue vendido como chatarra por 120 mil pesos a un magnate brasileño que espera reconstruirlo para botarlo nuevamente al río. Otros vapores como El Caquetá, El Putumayo o el remolcador Barbosa, terminaron en el fondo del río sin esperanzas de resurrección.

La muerte de la navegación fluvial en el río Amazonas, al menos en el sector que corresponde a Colombia, se patentiza en la decrepita edificación que fuera sede de la otrora floreciente Compañía Nacional de Navegación, Navenal.

ANIMALES DE PLATA

Lo más característico de la fauna amazónica, como micos, culebras, caimanes y loros, señalaron otro período de prosperidad en Leticia.

Fue cuando Mike Tazalakis, un greco-norteamericano que llegó sin un centavo y luego de vender desde pescaditos orna-



mentales hasta la semblanza primitiva de la selva en Miami, ha construido una fortuna y una imagen paternal y novelesca, pagaba, por ejemplo, 70 pesos por un mico, 800 pesos por una boa o 350 por una babilla. Entonces en lugar de trabajar todo un día bajo la insoportable canícula por solo 15 o 20 pesos, todo el mundo se dedicó a coger animales, ingeniando las más inverosímiles trampas para realizar la tarea. Solamente capturados o tres micos, unos cuantos loros o una serpiente, se podía comer y descansar más de una semana. Cuando carnavalescamente todos los leticianos corrían en tropel tras las bandadas de loros y o el ya casi extinguido Yacaré (caimán negro), hace 3 años, el inderena prohibió la exportación de estos animales. De micos a manatíes dejaron de volar en avión rumbo a los Estados Unidos.

Sin embargo, la cacería no ha cesado. Por algún zaguán de la Ley, se exportan mensualmente a Norteamérica millones de pesos en pieles de babillas. La extinción de este animal prácticamente se protocolizó oficialmente cuando una medida gubernamental redujo la longitud mínima de una babilla para ser cazada de 151 a 121 centímetros, cuando se considera que el reptil no llega a este tamaño antes de 5 años, lapso mínimo para su reproducción. Así los exóticos animales se restringen cada día más a las cartillas y a los textos de zoología, desapareciendo inexorablemente de la prodigiosa naturaleza de la selva.

UNA GUERRA SIN COMBATES

A excepción de Alberto Cabrera Vallejo, nadie recuerda en Leticia el conflicto con el Perú en los años treinta. "Cabrerita", policía jubilado, que se lamenta por su siempre retardada pensión de 600 pesos, afirma: "Por aquí no hubo ninguna guerra, sólo fue una insignificante escaramuza".

Añora la época en que Colombia era tan grande que llegaba hasta Manaos y el lago Tefé y recuerda la historia del colombiano traidor que entregó Leticia a los peruanos.

Cuando el 2 de agosto de 1932 el agente Cabrerita encontró a un peruano lavándose los pies en el pozo que abastecía de agua el pueblo y lo llevó ante el comandante de la policía para que este lo autorizara a seguir lavándose los pies, comprendió que ya Leticia era nuevamente de los peruanos. Confirmó sus sospechas el asilo político que dio el Intendente, ex-

cónsul en Iquitos, Alfredo Villamil Fajardo, al capitán peruano Oscar Ordóñez, quien venía en realidad a preparar la invasión. Cabrerita y 9 agentes más, no hicieron entonces sino que esperar la toma de Leticia, la que efectivamente se realizó el 1º de septiembre de 1932, a las cuatro de la mañana, cuando Cabrerita se bañaba para ir luego al cuartel. "La ráfaga de ametralladoras que dispararon los peruanos en el puerto, fueron los únicos tiros que escuché en toda la guerra, lo demás no fue sino aspaviento y firma de papeleo en los escritorios". La verdadera guerra de Alberto Cabrera Vallejo es, pues, para exigir que le paguen cada mes su pensión de 600 pesos por más de 25 años de servicio a la policía en las zonas fronterizas del país.

ESPERANDO LOS VUELOS

Cuando se abren las portezuelas de los aviones, surgen norteamericanos, suizos, alemanes, australianos. Auscultan silenciosos la selva, disparan docenas de rollos, siembran sus dólares en los hoteles, compran unas cuantas flechas y el avión nuevamente los regresa, con los pulmones ensanchados, a su original selva de cemento.

Son ellos, que conforman la fuerte afluencia turística internacional que visita el puerto, la única fuente de ingresos con que cuenta Leticia en la actualidad. Determinan también la realidad de que son los extranjeros y no los colombianos los que han entendido la perturbadora o imponente naturaleza de este puerto amazónico.

Es un mundo sobre otros quicios, donde aún cabe el adjetivo belleza, donde la dignidad de la pobreza contrasta con la avasalladora arrogancia militar del vecino Brasil, donde ver llover es todo un espectáculo o donde la naturaleza es tan hermosa que no es para contemplar sino para poseerla.

Germán Santamaría

Colombia en la Nariz Amazónica

En la llamada nariz de Colombia, en el Guainía, sólo por acto de fe se es colombiano. Si no fuera por lo que se respira de Venezuela y Brasil, esta angosta franja que se engarza entre el territorio de esas dos naciones, ya se hubiera asfixiado.

Los pocos compatriotas que a fuerza de coraje mantienen la nacionalidad colombiana, reciben de estos países desde gasolina y alimentos hasta los únicos periódicos y revistas que por allí se ven.

Y a pesar de estar completamente abandonados por su país, existe entre la población el más profundo patriotismo: todas las mañanas a las ocho en punto, se reúne la comunidad en cada corregimiento para asistir a la izada de la bandera, a la que se aferran como el único testimonio de una patria de la que nada esperan.

Pero más que la bandera, los partidos de fútbol que se celebran una vez al mes entre los países limítrofes, previo desfile y canto de himnos, despiertan un furor patriótico que no se vería ni siquiera si disputáramos la final de la Copa Mundo.

“Esto es Colombia por accidente: la hacemos nosotros los colonos que vinimos a trabajar y la representamos”, dice uno de los hombres que ha llegado con el ensueño de la tierra propia y la tranquilidad.

A veces pienso para qué todo esto, para qué las mujeres que desfilan ante los ojos quietos de la servidumbre, para qué las fugas y los regresos. ¿Para qué todo esto, para qué? Y sin embargo, la vida buena, esta vida brutal, el permanente riesgo, la amenaza de muerte en las vueltas del camino, el oro que fluye entre las manos. Todo lo que he venido a buscar, lo encuentro. Pero hay algo que queda en mi vacío, sin respuesta, angustioso y desolado, como la hora del crepúsculo.

Esta hora de la mañana en que el mundo resplandece, y en que a través del gran espejo vienen a la memoria las horas antiguas es alegre y pujante, es soberbia en su grandeza inmaculada. Pero ya para mi comienza a ser más propia la hora de la tarde, la hora del pesar.

Cuando vine, soñaba con el mito del buen salvaje. Aspiraba a llegar a la naturaleza, incorporarme a ella, regresar al estado natural. Todo lo que le oí al viejo Humboldt, realizar a Rousseau, los sueños liberales. Y me veo ahora apoderándome de ella, sometiéndola inclusive con violencia, luchando para exprimirle el oro.

Este espejo que refleja la mañana apacible ha copiado muchas veces la tragedia y la seguirá copiando, dentro de esta estancia, en el camino, en la lejanía que se extiende hacia el Magdalena.

Ella ha desaparecido dentro del espejo, cortada su cabeza por el sesgo del cristal, pero ahora aparece espléndida, nueva después de la noche de amor, inocente y femenina, luego contradictoria, a someter al varón en los trabajos del día. Las mujeres jamás limitan su aspiración al sometimiento del lecho. Batallan toda la vida por el dominio sobre la acción. Y quien se entrega está perdido.

Cuando compré ese espejo había pasado ya por muchas de las dificultades de esta tierra. Ya era más de aquí que de allá. No obstante, todavía hoy me conmuevo pensando en esas cosas. A veces en la noche, a la luz del quinqué, miro el cristal y veo un movimiento de espaldas desnudas sometidas al vals. Creo de nuevo las memorias de Europa. Pienso otra vez en Viena, la mortal, recuerdo a París, al adverso. Hasta que un ruido de la noche me lleva a vivir otra vez en este mundo. ¿Cómo habría sido Europa si sus revoluciones no hubieran fracasado? Recuerdo a Humboldt, viviente en medio de su desencanto. Sin embargo, las revoluciones fracasan pero queda el triunfo sobre el alma de los hombres. Todavía están vivas, y si la reacción triunfa sobre la vida política, en cambio el sello que se imprime sobre la actitud humana es indeleble. Así ocurre en este país. Las guerras que he vivido, los pronunciamientos, son tornadizos y volátiles como banderas. Como las mismas banderas que empuñan. Pero poco a poco las revoluciones moldean a las gentes. Hasta que un día habrá una revolución victoriosa, que lo modifique todo.

Ya la dama regresaba por el camino empedrado. Su mano enarbolaba una sombrilla blanca. El sol caía inflexible sobre las piedras; los árboles se mecían lentamente. En todo se esparcía una feliz tranquilidad estática como el caimán atracado al borde del estanque, perdurable como el acero azulado del cañón de Sedán, enfilado hacia la serranía distante.

Lengerke atravesó la estancia, y se sentó al piano. Sus manos consultaron el teclado, y las notas empezaron a resbalar

sobre el agua, sobre los árboles, sobre la sombrilla blanca, mientras en el cielo las nubes del espejo segufan encrespándose sobre el memorable mar de distancia.

Sin excepción, los colonos que se asentaron en este último pedazo de Colombia lo hicieron con el afán de huir de la violencia, la miseria o la justicia; pero quedaron atrapados allí porque las raíces de su suelo eran más profundas que sus problemas.

La mayoría de los colonos provienen del interior; los hay tolimenses, vallecaucanos, llaneros o antioqueños dedicados al comercio. Este se hace con bolívares o cruceiros pues mostrar un billete de peso causa indignación o risa. Una de las fuentes de ingresos es el chiqui-chiqui, fibra de palma con la cual se fabrican escobas y cepillos y recogida en las márgenes del río Negro y el Inírida, abastece todo el mercado nacional.

LA NARIZ EMBOTELLADA

Allí, como en los tiempos de los caucheros, nada ha cambiado. La selva, la manigua, parece empujar a los hombres a la brutalidad y la violencia para imponer sistemas de explotación a los indios como es el "adelanto" que los endeuda por toda una vida, inclusive a las generaciones venideras. Existe un cuaderno donde se les apunta todo lo que se les va entregando: motores fuera de borda, ropa, sal, etc., cuentas que se van abonando con los conos del chiqui-chiqui.

Tanto para sacar la fibra como para entrar alimentos o mercancías el nacional se encuentra atrapado en la sin salida, ya que no existe comunicación ni fluvial ni carretable con el interior del país, teniendo siempre que pasar a ruegos a territorio venezolano donde deben pagar la poco modesta suma de 100 bolívares por un tramo de ocho kilómetros, y tres mil pesos por un expreso por el caño Temi, de la misma Venezuela, para poder llegar nuevamente a la parte limítrofe, y de ahí a Puerto Inírida, la capital de la comisaría. De tal modo que quien requiera salir de la nariz, para evitar gastos debe someterse a una "Cola" o echada de dedo para que alguien que pueda pagar lo remolque. Quien abandona un caserío sabe cuándo sale pero nunca cuándo llegará: es un "viaje de cauchero".

Igualmente es una aventura de riesgos imprevisibles el tratar de buscar un médico, una droga, o responder a la ur-

gencia de viajar al interior. Los profesores de la región tienen que vender su sueldo a un comerciante, pues vale más el viaje a Puerto Inírida que lo que ganan.

La construcción de carreteras y canales en territorio colombiano para desembotellar la región, no ha pasado jamás de ser simples proyectos.

A lo largo de los 280 kilómetros por 25 de ancho que forman esta nariz, sólo existen tres corregimientos y menos de mil habitantes, lo que equivale a la población de solo uno de los pueblos de Venezuela. Pero lo que más impresiona es el contraste que muestran las dos márgenes del río: a este lado no hay un carro, no hay servicios, y cuando hay luz, es porque el Brasil ha prestado una planta como sucede en Guadalupe. En todo el territorio existe una sola pista de aterrizaje que los pilotos casi nunca encuentran, terminando de narices en Venezuela, o presos por pasar sin permiso la frontera. En cuanto a destacamento militar, Colombia cuenta con un cabo, cinco policías y un representante de la Armada Nacional.

Todo lo del otro lado aparece ante los ojos de nuestros compatriotas como un sueño de Jacob o una película de ficción. Ruedan volquetes, jeeps, camiones, hay telegrafía, buenas carreteras, puestos de guardias de fronteras, lanchas para servicio médico, aviones o avionetas que se comunican con las capitales respectivas, cooperativas y hasta panaderías.

O RESPIRA O SE QUEDA CHATA

La nariz fue lo único que nos quedó del tratado Vásquez Cobo-Martínez de 1907 con Brasil y del laudo español que definió en ese territorio el límite con Venezuela en 1891. Se afirma con frecuencia de que Colombia en estos dos tratados, cedió mucho terreno, sobre todo el Brasil, pero otros afirman —como el conocido geopolítico general Julio Londoño— que no hubo cesión de territorios sino malos tratados, puesto que no era tierra de nadie y así como Brasil disputó por la mayor parte, Colombia, que asumió una posición más débil, hubiera podido quedarse con ellos. Lo cierto es que en la pugna por las regiones amazónicas que se remonta a la época de las coronas españolas y portuguesas, el país mejor informado y de más hábil diplomacia fue Brasil, pues recibió de los portugueses los

más completos estudios de geografía y cartografía de la región. Solamente en 1900 Colombia pareció preocuparse por esta zona y de manera angustiosa creó un puesto de aduana para evitar la invasión brasileña por el río Negro.

Remitiéndonos de nuevo al general Londoño, el peligro de que el país pierda su nariz y quede chato, resulta inminente, según la ley geopolítica de "las puntas de crecimiento" que dice que cuando un país está penetrando activamente en territorios de otros, se forma una punta de crecimiento. Si el lado interior es más fuerte, trata de ampliar sus límites pero si es más débil, como en este caso, tiende a desaparecer. Por lo tanto, si Colombia no da una señal de vida en su nariz puede ir considerándola como un órgano muerto de su anatomía.

Un síntoma de esta enfermedad es que existe una penetración política en la nación indígena, ya que los indios Curripacos muestran cada uno tres flamantes cédulas de ciudadanía y su dicha viene en épocas de elecciones pues los venezolanos y los colombianos suelen ser muy generosos en esa temporada, ganando así "el favor" de los indígenas".

LAS ARMAS, EL DINERO Y EL ABANDONO

Hasta los mapas de las geografías más actualizadas desconocen la nariz y nos enseñan pueblos que sólo existen en la mente de los cartógrafos o en territorio venezolano. La Piedra del Cocuy de la que casi hemos repetido de memoria que "es el punto donde convergen los tres países", se levanta entera en territorio venezolano. Diagonal a ella al otro lado del río está la frontera colombo-brasileña; un kilómetro abajo, la brasileña-venezolana y en el canal más profundo del río Negro la colombo-venezolana.

Si los diplomáticos y militares de los tres países hubieran siquiera imaginado la Piedra del Cocuy no habrían llegado jamás a un acuerdo, pues todos querrían tenerla en su territorio: A lo lejos semeja una enorme mancha como si fuera una estatua tallada contra el cielo. Luego se desvanece y aparece una mole de granito, gigante guardián natural en medio de la selva. Viéndola así, solo se antoja que pueda ser obra de los dioses y en cierta forma lo es, pues su nombre lo debe a un cacique de los Marivitanos, jefe poderoso y cruel que se dedicaba a cazar a sus hermanos nativos para entregarlos como esclavos a los portugueses.

Los pueblos que en este punto tienen los tres países reflejan en gran parte la política de cada uno de ellos en sus fronteras: Venezuela construye junto a la piedra un pueblo, "Santiago del Cocuy", que será un punto de distribución de petróleo para toda la Amazonia; Cocuy en Brasil es un puesto del comando militar de Amazonia. Allí como ellos mismos lo dicen, practican la política de buena enseñanza: Cualquiera persona que llegue, sin importar su nacionalidad, tiene gratuitamente médicos, drogas, atención hospitalaria, enseñanza y hasta transporte gratis a Manaos.

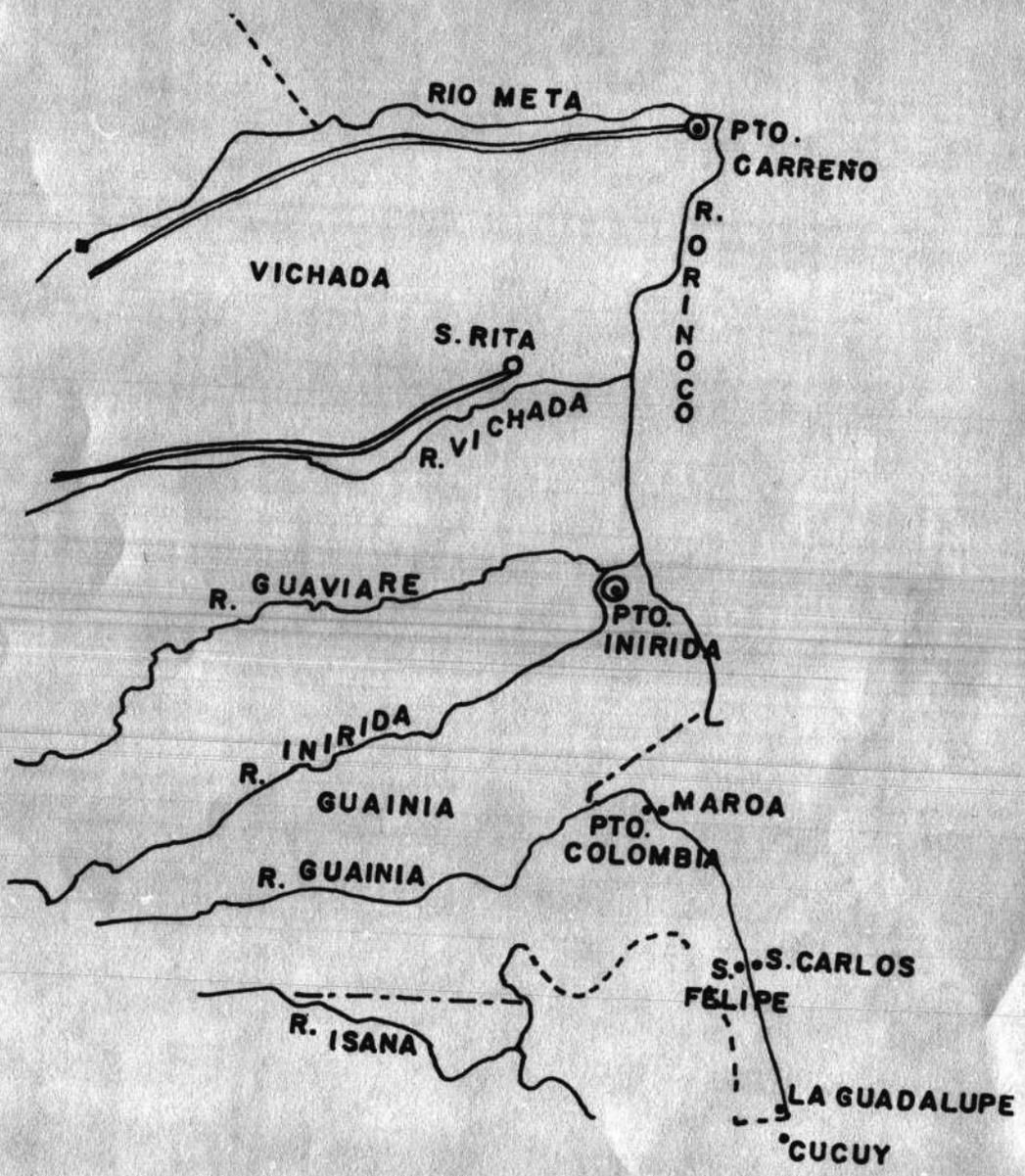
Disfrutando todas las comodidades de una gran ciudad viven allí 80 militares todos profesionales, con sus familias.

Guadalupe es el último pueblo de Colombia antes de que la selva sea Brasil y sólo la habitan cuatro familias, la del Corregidor, la del maestro, la del comerciante y una familia indígena. No hay agua, ni puesto de salud y si no fuera por una planta que les prestaron sus vecinos de Cocuy, sería un pueblo en tinieblas. Por esto el corregidor, Saúl Quintero, el encargado de mantener las buenas relaciones con los vecinos, no vacila en afirmar que si no fuera por Brasil no se hubiera aguantado un solo día en el puesto. Ya han pasado cinco años desde el momento en que con su máquina de coser llegó a San Felipe, dispuesto a buscar mejor suerte como sastre, ya que en Tolú solo tenía miseria. "Es un cargo difícil, se tiene que ser como un embajador, para mantener las buenas relaciones", afirma Saúl, pero en los 5 años que lleva, solo ha tenido que decomisar algunas armas de venezolanos que han entrado a cazar en nuestros caños.

Hoy Saúl sabe más de Brasil que de su tierra: allí le han dado oportunidad de viajar, allí nacieron sus hijos, encuentra diversión y comida.

LA FANTASIA DE LA LEY

Solo en los sueños que precedieron a su creación, San Felipe se alzó como un importante poblado que nos representaba frente a Brasil y Venezuela. Al crearse la comisaría del Guainía hace 10 años, el entonces ministro de gobierno, hablaba de la urgente necesidad de construir en el corregimiento de San



Felipe una ciudad que pudiera presentarse decorosamente frente a las que sobre la misma frontera tenían los otros dos países. "Aspiro que al aprobarse esta ley inspirada en tan alto sentido patriótico se levante en San Felipe un confortable y hermoso edificio de gobierno, escuelas, un pequeño hotel con algunas comodidades, y las fuerzas que simbólicamente nos representen allí deben estar gratamente alojadas, por ser este un punto triangular fronterizo", dice un aparte de su discurso. La realidad es otra. San Felipe, en casi el centro de la nariz, solo tiene 80 habitantes y se encuentra en tal abandono que hace ocho meses se dañó la planta de luz y aún esperan que de la capital la envíen reparada.

Sin embargo, por ser el mayor poblado viven allí los cinco elementos de la policía y el de la armada. Tiene también el único puesto de salud y el único aeropuerto. Aunque hace años se viene buscando el establecimiento de vuelos ordinarios, allí sólo se ve un avión cada 6 meses o cada año, por algún vuelo expreso.

PUERTO COLOMBIA VIVE POR VENEZUELA

En un cuarto en el que apenas caben un escritorio lleno de papeles, una cama y una mesita de noche, despacha y vive Fidel Bernal, el anciano representante de nuestro país en Puerto Colombia. Esto lo hace sentir acomplejado y solo en casos de extrema necesidad se siente capaz de pasar su bongo al otro lado del río, donde la guardia venezolana tiene un comando. "Los representantes de la autoridad en Colombia vivimos humillados, no tenemos forma de prestar atención a los problemas que se presentan con los vecinos, por eso no nos respetan".

Fidel se internó hace 32 años en la selva y a la zona del río Negro llegó hace 14, cuando el peso era a dos bolívares. Por mantener las buenas relaciones con Venezuela gana \$ 3.800 que al cambio en bolos no le alcanzan para él y su familia, que vive en Villavo. Por esto, como un meticuloso joyero, ocupa el tiempo que le deja el defender la soberanía nacional elaborando aretes y collares de plumas de guacamaya, corocoras, panfuil y gavilán.

Pero Fidel no es el único humillado: Puerto Colombia es el punto donde se hace obligatorio el paso a Venezuela, camino

a Puerto Inírida y allí no hay colombiano que no haya sufrido atropellos por parte de la guardia de Maroa. "Por lo general, cuando hay nueva guardia se las quieren dar con uno, decomisan la mercancía porque hay un artículo más de lo que viene listado en el sarpe o porque pesa más... y si uno protesta le dan sable o no lo dejan pasar", cuenta un comerciante de San Felipe.

Maroa tiene en sus manos la vida de la nariz: en varias ocasiones los estudiantes y profesores de la zona han tenido que vivir de mero arroz por varios días, porque en Maroa queda trancado el mercado que les mandan de Puerto Inírida; otras veces las tiendas quedan vacías porque se decomisan allí las mercancías. Esto pasa a diario y en Colombia nadie se entera.

Injertar en el hígado trozos de páncreas para curar la diabetes. Tal es la técnica original de la doctora Rosy Eloy, jefe de investigaciones en el INSERM de Estrasburgo, dirigido por el profesor J. F. Grenier. Esta técnica, que ha producido ya resultados positivos en los animales, podría ser también aplicada al hombre, "aunque —dice la doctora Eloy—, algunas dificultades deben todavía moderar el optimismo de quienes, de ahora en adelante, ven en ella el tratamiento del futuro". Esta técnica es aplicable únicamente a los enfermos atacados de verdadera diabetes, denominada también diabetes azucarada, caracterizada por la presencia de glucosa en la orina o glicosuria y por un exceso de azúcar en la sangre o hiperglicemia. Así que no interesa a los enfermos atacados de diabetes insípida, causada por una lesión de una estructura del cerebro, la hipótesis, y que se manifiesta por un desorden de la regulación del agua. Estos enfermos, como los verdaderos diabéticos, beben y orinan en exceso, razón por la cual se les llama diabéticos abusivamente.

Entre los sujetos atacados de diabetes mellitus, las lesiones se sitúan a nivel del páncreas, órgano situado cerca del duodeno y constituido por dos clases de tejidos: el páncreas exocrino, cuyas células secretan enzimas digestivas, y el páncreas endocrino, cuyo desarreglo acarrea justamente la diabetes. En el páncreas endocrino se encuentran, en efecto, células agrupadas en islotes, los islotes de Langerhans, en los cuales las llamadas células A secretan una hormona, el glucagón, que aumenta la tasa de azúcar en la sangre, mientras que las células B producen la insulina que, al contrario, lo disminuyen. Gra-

cias a estas dos hermosas antagónicas, la tasa de azúcar en la sangre se mantiene normalmente, en tanto que en un diabético esta tasa puede, por insuficiente secreción de insulina, o a causa de la producción de una insulina de mala calidad, hacerse totalmente caprichosa.

El origen de la diabetes se debería, aunque no se tiene todavía la certeza, a un virus conocido por el nombre de coxsacki B. Virus que actuaría según un proceso totalmente paradójico, puesto que en vez de movilizar las defensas inmunizadoras contra él, como es normalmente el caso, las movilizará contra los propios tejidos del organismo, contribuyendo así a agravar el mal antes que a curarlo:

¿Cómo? Desde que el virus coxsacki B penetre en el individuo, fijará su campo de acción, por razones desconocidas, en las células B, que atrofiará. Por tal hecho, la célula sometida a las órdenes del virus fabricará proteínas virales que irán a fijarse en la membrana de la célula. Estas proteínas reconocidas como extrañas, serán de inmediato destruidas por las defensas inmunizadoras que, en su afán por destruir al agresor, destruirán también al agredido.

Si esta teoría viral estuviese probada, se podría considerar la prevención del mal con la ayuda de una vacuna, pero parece que esto no se puede esperar para mañana. Claro que existen tratamientos para enfrentarse a la diabetes, el más conocido de los cuales consiste en inyectar insulina al paciente.

(Pilar Lozano)

SAPZURRO

Como a la deriva, en la última curva del litoral Atlántico, en el Golfo de Urabá, en la línea divisoria entre Colombia y Panamá, de una sola calle al fondo, en lo que se conoce como Cabo Tiburón, está Sapzurro, detrás de su propio destino, asomada al mar por un estrecho postigo en forma de herradura, contemplando silenciosa, como a hurtadillas, el paso lejano de barcos, navegantes y noticias. Sus habitantes sólo saben las cosas elementales que algunos pueden aprender en la escuela y la oportunidad de mantener algunas creencias se ejercita en la pequeña iglesia solo cuando un cura desviado de alguna ruta cercana se decide a pernoctar en Sapzurro.

Hubo allí en otra época un resplandor de progreso. Lo atestiguan así tallas y los calados en sus casas, que otrora llegaban a Cartagena, cuando los barcos anclaban a sus orillas para cargar carey, caucho y tagua.

Entre los migrantes que con el auge de la ganadería y azúcar se desplazaron de Córdoba y Bolívar hacia el sur de la Costa Atlántica por 1890, se encontró una cuadrilla que para apoderarse de la zona entabló aguerridas peleas que culminaron con el despojo y la huida de los indígenas Cunas a las Islas de San Blas, a 6 horas en chalupa de Sapzurro.

Cada miembro de la cuadrilla entró en posesión de la tierra conquistada y así a don Gumersindo Medrano, jefe del grupo, le correspondió la bella bahía de Sapzurro; a don Leopoldo Villero, Capurganá; a don Pedro Días, Puerto Ovaldía, en el Panamá fronterizo, y a don Juan Luna la región de la Miel, primer caserío panameño cuya población alcanza unos 180 habitantes, localizados a escasos 20 minutos de Sapzurro. En un principio se mantenía de lo quitado a los indígenas, de la explotación del carey, la tagua y el caucho. La tagua era acarreada junto con el caucho hacia Cartagena en embarcaciones de vela que emprendían largos viajes hasta de 22 días, al cabo de los cuales regresaban con ron, telas, gallinas, carne, sal y panela. El carey era embarcado en barcos panameños, fuente de contacto y conocimiento de mundos lejanos.

EL SILENCIO NO ES ORO

Así empezaron a vivir los colonizadores de estas tierras, donde el silencio no es oro y donde el tiempo parece haber perdido su última partida hace ya muchos años. Don Gumersindo y su gente vinieron de Pasacaballo, población cercana a Cartagena, y, fuera de algunos utensilios de conquista como el machete, la panela, la hamaca y los trastos de cocina, don Gumersindo trajo a su hija, que casó con uno de sus trabajadores, don Asunción Perduz Yimas. Esta fue la primera familia de Sapzurro. Los demás: una familia antioqueña, otra chochoana y el resto bolivarenses traídos por el señor Medrano en sus viajes a la tierra natal.

En Sapzurro todos son paisanos. Entre las parcelas no hay alambrados, las cercas se llaman "madrinas" y son nacederas que marcan los límites. Con el tiempo todos empezaron a sem



brar coco que vendían en Cartagena. Hace 22 años empezó el comercio con Turbo, puerto antioqueño, donde en la actualidad venden y se surten los sapzurreños. Algunos sembrados de arroz, yuca, ñame y plátano, representan para los pocos cultivadores una agricultura de subsistencia que no cubre ni el 20% de las necesidades de la región.

El señor Pedro Blanco, político, inspector y consultor de la comarca, vino posteriormente a comerciar con coco y después de dos viajes decidió quedarse con sus paisanos y montar el principal "chuzo" del pueblo. Para sus habitantes la vida no parece un continuo acontecer. Por alguna razón, sobre todo de olvido o de importancia económica, allí donde nacen los límites con Panamá en la zona de Urabá, los habitantes han perdido esa noción particular del destino social y económico de su patria y parece que, anclados a la boca de una hermosa bahía, hacen lo que pueden hacer, mientras alguno se lanza a arrebatarse al mar unos escasos peces y los demás, trepados en las palmas de coco tiran abajo el único fruto que pelechó de la naturaleza.

"ABUNDANCIA DE PECES"

Sapzurro ha sido conocido como puerto pesquero, situado al lado de Panamá que, paradójicamente, en lengua cuna significa "abundancia de peces". Los sapzurreños sólo pescan aquellos que las redes de los barcos "vikings" (Compañías de Cartagena), dejan escapar. Desde hace dos años estos barcos escogieron la tranquilidad de la bahía para descansar todo el día y en la noche salir al mar abierto. Sus redes están hechas para dejar escapar solo peces de menos de pulgada. Estos barcos permanecen allí los doce meses del año, obligando a que los pescadores nativos penetren mar adentro en sus pequeñas chalupas construidas de una sola troza de madera dura, en especial de la ceiba colorada o el caracolí. Algunos insisten en mantener su condición de pescadores aventurándose todos los días en un viaje de 3 o 4 horas para encontrar buena pesca. Sin embargo el negocio de la pesca es malo y lo poco que cogen lo venden en poblaciones vecinas.

LA MALARIA: UNICO CRIMINAL

Los habitantes de Sapzurro oyeron de la violencia. Sabían por boca de los pueblos vecinos que frente a la bahía pasaban

emigrados y prófugos venidos del interior de pelear en una guerra extraña. Nunca conocieron a ninguno. Don Estanislao Berrío, por los años 30 trabajador de los señores Zorrilla y Guizado, quienes, el primero por Colombia y el segundo por Panamá, tuvieron a su cargo el trazado de límites entre los dos países, cuenta que en sus 76 años de vida jamás ha habido una sola muerte ocasionada y todos los que se han muerto murieron de malaria o porque ya no tenían nada más que hacer en Sapzurro.

Sapzurro es un pueblo de una sola calle, sesenta y siete casas, trescientos cincuenta habitantes, tres letrinas, ni un solo interruptor y donde el último que se acuesta apaga la luz.

(Gloria Ayala)